

Los portarrollos

Soportan estoicamente rollos interminables

Los portarrollos de papel higiénico son unos pequeños seres absolutamente imprescindibles para la permanencia de la raza humana en la Tierra. Si mañana desaparecieran todos los portarrollos de las casas, nos extinguiríamos al momento. Algo tan terrible parece difícil de creer, de entender y de asimilar.

Para poder entender este concepto hay que conocer la historia del portarrollos desde sus orígenes. Como todo el mundo sabe, el primer portarrollos fue el tallo de un helecho. No fue fácil llegar a esa idea. Imaginaos a los pobres Adán y Eva la primera vez que van al cuarto de baño, sin saber nada, y al terminar se encuentran con el pastel...

—Eva, ¿me dejas tu hoja de parra?

—¿Para qué la quieres?

—No, es que... creo que se me está saliendo el barro de dentro.

—No, no, no, la hoja de parra no. Toma estas ortigas.

—Vale... ¡Ay! Dame otra cosa.

—Toma este cactus.

—Vale... ¡Ay! ¿Qué más hay?

—Tengo un erizo. ¿Te lo paso?

Los comienzos siempre son duros. Hasta que, por fin, encontraron el helecho. Y fue tan grande el alivio que Adán y Eva, por fin, se pudieron sentar a disfrutar del Paraíso.

Inmediatamente después de Adán y Eva llegaron los años sesenta. Muchos notarán que entre Adán y Eva y los años sesenta hay un salto un poco grande. Cierto. Pero es que todos los textos y documentos sobre portarrollos comprendidos entre esos años se han perdido. De esa época no hay ni un solo dato sobre los portarrollos. Es lo que los estudiosos de los portarrollos hemos acordado llamar «época de la que no hay ni un solo dato de los portarrollos».

Vinieron los años sesenta. En aquella época los portarrollos eran empotrados, como los armarios. Eran huequecillos horadados en la pared. Eran una cosa en la que tenían que pensar los arquitectos: «Un momento, un momento... ahí no puede ir un portarrollos, que eso es un muro de carga».

Luego llegó el esplendor de los setenta. Era una época de portarrollos de acero que tenían una tapa con dientes afilados como encías de galápago. Ibas a coger el papel y tenías miedo de que te mordiera el portarrollos. Era como meter la mano dentro de la boca de un cocodrilo con ortodoncia. Todavía quedan algunos de esos primitivos portarrollos. Te sientas, ves el papel asomando, los dientecillos de metal, y parece el ticket de una máquina registradora. Piensas que tal vez cuando termines va a salir la cuenta. No sería tan mala idea, podría haber suministro municipal de papel higiénico, como el agua y la luz. Tú usas y te llega la cuenta al mes. «Este mes ha ido usted poco al váter. Tantos euros». «Este mes ha tenido usted diarrea». ¡Zaca! Una factura que te cagas. Y si un mes no puedes pagar, te cortan el rollo.

Luego vinieron los años ochenta, una época de aparente cambio. Llegaba pisando fuerte el Yop y el Dan-Up, productos punteros de Yoplait y Danone. Chamburcy perdió ese tren. Aparentemente, productos novedosos que no eran más que el yogur de siempre, pero batido. Lo mismo pasó en aquella década con los portarrollos: se vivió de los inventos anteriores pero con una ligera variación. La gran aportación de los años ochenta al portarrollos fue el cilindro de plástico blanco con muelle, esa especie de amortiguador de coche en pequeño. Los viejos armazones metálicos de los setenta llevaban este

cilindro dentro. Con él los portarrollos empotrados de los sesenta eran mucho más prácticos.

Esa euforia derivó en una época en la que aparecieron nuevos productos: los años noventa. Una época que los estudiosos de los portarrollos hemos acordado llamar: «época en la que aparecieron nuevos productos». Por ejemplo, el portarrollos industrial, el de aeropuerto, ese portarrollos gigante con cenicero. Ahora, con la ley antitabaco, eso no vale. ¿Qué van a hacer con esos ceniceros? ¿Jaboneras?

Esos portarrollos gigantes parecen mangueras de incendios. Eso me parece un peligro. Imaginaos que un día hay un incendio y, con las prisas, te equivocas e intentas apagarlo con papel higiénico. Aunque, si lo pensáis bien, es casi peor si un día, con las prisas, te equivocas y te limpias con una manguera de incendios... Y si lo piensas bien requetebién, lo realmente peligroso es no equivocarse e intentar apagar un incendio usando la manguera con la que se ha limpiado otro tío antes.

Hasta hoy esto es todo lo que se sabe de los portarrollos. Pero quedan dudas: ¿a qué lado pone el portarrollos una familia en la que hay un 50 por ciento de zurdos? ¿Qué fue antes, el rolo o el portarrollos? ¿Cómo son los portarrollos de los taxidermistas? ¿Un tigre en el váter con la boca abierta? ¿Por qué las mujeres están tan obsesionadas con que pongamos un rolo nuevo en el portarrollos cuando se acaba el que está?

Cuando un hombre vive solo, el portarrollos no es más que una anécdota. En el portarrollos tienes el cartón del rolo que pusiste el primer día y a partir de ahí aflora una colonia de rollos a medias por encima de la cisterna, en el bidé, en una pequeña repisa... Son como setas. Pero, cuando entra una mujer, se empeña en proteger el rolo con una tapita. ¿Por qué? Porque saben que si no se protege el rolo nosotros lo acabamos meando. Y tienen razón, pero no es culpa nuestra. ¿Qué culpa tenemos de que haya días en los que te levantas, vas a hacer el primer pis de la mañana y te sale el temido pis bífido? Dos chorros y un solo váter: eso es impo-

sible de controlar. Orinas en estéreo. Dices: «Me ha salido un nuevo agujero durante la noche. Me habrá picado un bicho...». Claro, hay que ser rápido y reconducir... El chorro de más caudal lo diriges al váter mismo, pero el otro es como el ojo del Dioni, apunta para donde quiere, y muchas veces salpica al rollo de papel higiénico que está encima de la repisa. Por eso está la tapita del portarrollos, y por eso la obsesión de las mujeres por poner el rollo a salvo, para que no los inutilicemos. Y tienen razón. Y si no existieran los portarrollos, los hombres y las mujeres no podrían vivir juntos, no se reproducirían y se extinguiría la vida en la Tierra.

Los topecillos blancos que viven debajo de la tapa del váter

Menos es nada

Desde sus orígenes hombres y mujeres han tenido discusiones encarnizadas acerca del tema «levantar y bajar la tapa del váter». Ese tema ha hecho que monologuistas de los cinco continentes punto com llenaran páginas y páginas de risas sin fin. Pero... ¿qué hay debajo de todo esto? ¿Qué hay debajo de la tapa del váter? Pues unos topecillos de plástico blancos con forma de supositorio espachurrado a los que no se trata con el respeto que se merecen.

Para empezar, no tienen nombre. ¿Cómo se llaman esos topecillos? Los inventamos, los metemos en un váter y, ¡hala!, ni les ponemos nombre, ni nada. Es una ignominia.

Tal vez sea mejor así. Si tuvieran nombre y hubiera que hablar con ellos, se nos caería la cara de vergüenza. Y si se te cae la cara de vergüenza al váter, ¿cómo la recoges? ¿Con la escobilla? Imaginaos coger una cara del váter y volvérsela a poner... Puaj, que se queda la cara como mojada, brillante, como... Creo que eso sólo lo ha hecho la duquesa de Alba.

Pero volviendo al tema... ¿Quién habrá inventado esos topecillos? Imagino que es una de las últimas cosas que se le añadieron al váter. Alguien dijo:

—Sí, el váter está bien... pero ¿sabéis lo que le falta para que esté perfecto? Esto.

—Ajá... ¿y cómo se llama?

—No tengo ni idea.

Nadie piensa en ellos. Viven ahí a oscuras. La gente se cree que el cuarto de baño es un sitio iluminado, pero de eso nada. Es oscuro. Tiene luz cuando entramos porque encendemos; pero, cuando salimos, apagamos y ahí se quedan los topecillos como los murciélagos.

Por eso no tienen ojos. Por eso y porque, si tuvieran ojos y vieran la mierda de vida que llevan, se tirarían por el váter. ¡Vaya vida! Todo el día contra el frío mármol del váter... Eso debe de ser horrible.

¿Alguna vez os habéis sentado en el váter sin daros cuenta de que la tapa estaba levantada? ¡Que te cueles! ¡Notas el frío mármol en las nalgas! Es horrible, ¿verdad? Pues ése es el día a día de los topecillos. Por eso tienen esa pinta de croquetillas congeladas. Por el frío y por los golpes, porque cada vez que cae la tapa... ¡Placa! Que a nosotros nos da un susto... pero a ellos les da susto y golpazo.

¿No se podría hacer nada para que la caída de la tapa del váter no sea tan violenta? Se podrían almohadillar los topecillos, o ponerles un muelle. Ahora que todo el mundo personaliza los móviles podríamos personalizar los topecillos. Sería como hacerle tuning al váter. Imaginaos: abres la tapa del váter y se oye: «¿Qué pasaaa, neng?»». La verdad es que entre tunear un váter y tunear los coches que tunean los tuneros tampoco hay mucha diferencia.

Los topecillos dan mucha pena. Cuando quiero ver los topecillos, levanto la tapa y están ahí, como los dientes de Alexis Valdés, muy separados. Imagino que al bajar la tapa se juntan y charlan de sus cosas, de sus ilusiones, de sus esperanzas, de sus sueños...

Lo peor de los topecillos es el final. El final es muy duro. Amarillean. A veces uno se descuelga y queda colgandero, dando vueltas cual ruleta de la fortuna. Luego se despega del todo y nos deja para siempre... Pero en la tapa queda su silueta, como si lo hubieran asesinado y alguien hubiera repasado el contorno de su cadáver.

El otro día me dijeron tanta pena que los liberé. Los arranqué de la tapa y les dije: «Sois libres... os concedo un deseo». ¿Y sabéis lo que me respondieron los topecillos? «Queremos ver el mar». Reservé los billetes de avión y nos fuimos a ver el mar. Y en el aeropuerto me decían: «Yo quiero ventana, yo quiero ventana...». Joder con los topecillos, toda la vida mirando un váter y ahora se ponen exquisitos...

Cada uno iba en su asiento. Qué curioso: era la primera vez que los topecillos iban encima de un asiento y no al revés. Total, que aterrizamos y los llevé a ver el mar. ¿Sabéis lo que dijeron? «Pues no es para tanto». Ya. Es que sin ojos ver el mar no es lo mismo.

Las básculas

*Ellas saben cuán pesados podemos llegar a ser
con el tema de adelgazar*

La báscula cuartobañera es como un despertador al que le ha pasado una apisonadora por encima.

Ser báscula de ésas es una faena porque sólo se te sube encima gente gorda. Imaginaos qué manera de empezar el día. Te despiertas y lo primero que te ocurre es que un gordo en pijama se te sube encima. Y te mira mal, como diciendo: «Báscula, por tu culpa soy gordo».

Eso no es justo. ¿Qué han hecho las básculas para merecerse eso? Tienen que vivir tumbadas en el suelo del cuarto de baño, con lo frío que está y lo malísimo que es eso para el reuma.

Aun así, las básculas nos tratan bien. Por ejemplo, cuando uno se sube a una báscula cuartobañera, va nervioso. Es como presentarse a un examen. De hecho, siempre intentamos subirnos pesando poco. Pisamos suavemente, como para engañar a la báscula. Y la báscula lo nota, por eso las básculas se lo piensan antes de darnos el dato. Vacilan.

Te subes y la báscula hace: «Tiqui, tiqui, tiqui... ¡98!». Y te asustas: «¡Aaaaah!». Y la báscula retrocede: «Que no... ¡62!». «¡Buffff, menos mal!». Y vuelve a oscilar: «¡90!». Y gritas: «¡Mierda!». Y rebota otra vez: «68». «Bueno, no está mal». Y al final acabas llegando a un acuerdo con la báscula: «70, ni para ti ni para mí...».

¿En qué momento entra una báscula en casa? ¿Te la regalan? Qué mal rollo, ¿no? Regalar una báscula es como regalar un desodorante, puede parecer una indirecta. ¿O es que de repente uno dice: «¡Pues hoy me voy a comprar una báscula!»? Eso sólo puede pasar un lunes. Todo el mundo empieza el régimen un lunes... El lunes hay un trasiego en las tiendas de básculas...

—Hola, quiero una báscula.

—¿Cuál quiere?

—Quiero una báscula para mí que pueda pesar entre 40 y 200 kilos... Vamos, no creo que vaya a engordar tanto, pero mejor asegurar.

Una vez vi una que pesaba hasta 220. Era como el cuentakilómetros de un coche. Un tío que pese 220 kilos... ¿para qué quiere la báscula? Con esa tripa no puede ver los números.

Lo de ver los números es otro tema. Si me peso sin las gafas, no veo los números, pero, si me las pongo, peso dos o tres kilos más. Lo único que puedo hacer es pesarme con las gafas, ver el dato, quitármelas, ponerlas en la báscula, acercarme mucho a la pantallita y hacer la resta.

La mayoría de la gente no tiene báscula en casa. Entonces, ¿por qué esa gente, cuando va a casa de alguien que sí la tiene, siente la necesidad de subirse a ella? Si tanto te gusta, cómprate una.

Adquiérela y podrás disfrutar del placer de conocer las masas y los pesos de lo que quieras. De hecho, todos hacemos experimentos de pesar en la báscula cosas que no son personas. Hay un experimento fantástico que todo el mundo hace, pero que nadie lo quiere reconocer. Sucede cuando tienes ganas de ir a váter... que están las heces llamando a la puerta del esfínter... y te paras. Antes de hacer la deposición, pasas por la báscula y te pesas. Vas al váter. Haces lo que tienes que hacer. Luego, más relajado, te vuelves a pesar, haces la resta y sabes exactamente cuánto pesaba el zurullo.

Lo recomiendo. El saber no ocupa lugar y la otra manera de saber cuánto pesa un zurullo es demasiado humillante para las pobres básculas que nos aguantan y nos soportan. Y solamente ellas saben cuán pesados podemos llegar a ser los seres humanos.

Las cortinas de la ducha

Otra más de tantas luchas

Últimamente unos pequeños seres se están viendo desplazados: las cortinas de ducha. Corren malos tiempos para la cortina de la ducha.

Todavía recuerdo con nostalgia los años setenta y ochenta en los que parecía que nada podría acabar con ellas. Pero llegaron los años noventa, caracterizados por que las cosas cambiaban de nombre, pero todo seguía igual. La chocolatina llamada Rider pasaba a llamarse Twix y el detergente antes conocido como Mister Propper pasaba a llamarse Don Limpio. Cambiaban los nombres, pero, en el fondo, todo era lo mismo.

Hasta que un día los españoles nos despertamos y nos encontramos con que algo había cambiado de verdad. Había que elegir: ¿cortina de ducha o mampara? El primer impulso fue decir «mampara». Es normal.

Recuerdo la primera vez que vi una mampara en mi vida. Me dije: «Fantástico, ahora puedo llenar la bañera de agua caliente hasta el techo». Pero es imposible, cuando vas por la mitad deja de salir caliente.

Además, la mampara tiene otros problemas. Esa puerta corredera, que es como la puerta de un ascensor, puede descarrilar. Te quedas atrapado ahí dentro y tienes que llamar a un ascensorista para que te saque de la bañera. Llega el ascensorista con su mono azul y tú en pelotas. Es como volver a los orígenes del ser humano: tú, de Adán, y él, de mono.

La cortina de ducha también tiene sus problemas. Por ejemplo, a la hora de poner una cortina en una bañera, ¿la cortina va por dentro o va por fuera? Esta duda ha tenido en jaque a científicos y poetas desde la cuna hasta la tumba. Cuando la compras, en la foto viene por fuera. Pero eso no funciona: lo mojas todo. Para que funcione la tienes que meter por dentro. Es como cuando te remetes la parte de arriba del pijama por dentro del pantalón. No es digno, ya lo sé, pero es lo que más abriga.

De todos modos, aunque metas la cortina por dentro, no llega. Hay que andar apuntalando con los botes de gel, construyendo barricadas. La cortina debería venir con los botes de gel de serie; si no, no se puede usar. Esto es para cuando te quieres duchar, pero cuando te bañas la cortina tiene que ir por fuera; si no, empieza a flotar como un nenúfar.

La cortina de ducha tiene más defectos. Por ejemplo, los diseños, que sería mejor no ponerlos. Motivos marinos, con peces, o caballitos de mar, o ballenitas... Pero luego, con el paso del tiempo, en la franja de abajo de la cortina se añade una nueva especie de hongos, como si fuera el fondo marino, la llanura abisal. Creo que esos hongos son el plancton para que coman los peces.

Esos hongos crecen y tú los vas dejando. He visto esporas del tamaño de un oso panda. La barra de la cortina acabó arqueándose, las arandelas de la cortina soltándose... Lo de las arandelas de la cortina de ducha es tema aparte. Ésos sí que son seres infravalorados. Se suelta una y dices: «No pasa nada». Se sueltan dos: «Bah, aún aguanta». Tres: «Malo será». Cuatro: «Sólo quedan dos, pero como está una a cada lado... da el pego».

El día que los hongos se han comido la cortina y las arandelas te tienes que duchar sin cortina, y eso es horrible. Ducharse sin cortina de ducha es como ducharse desnudo. Sin embargo, a pesar de su importancia, las cortinas de ducha nunca han querido acaparar titulares. De hecho, las únicas cortinas de ducha famosas son la de *Psicosis* y la de *Karate Kid*, donde el chico iba disfrazado de ducha. Nada más.

Corren tiempos difíciles para las cortinas de ducha. Os aconsejo que, si podéis, apadrinéis una.